

de miembros, para y hacia el bien común. La convergencia se efectúa en una relación de orden real o puramente mental.

El origen de la sociedad puede considerarse en su aspecto eficiente (el hombre, y en último extremo, Dios, como creador del ser social del hombre) y en su aspecto final (la felicidad del hombre, de cuya naturaleza depende todo fin social, pues la naturaleza de la sociedad consiste en una relación de razón, y, por tanto, depende siempre del ser racional, que no es otro que el hombre).

¿A qué se refiere la sociedad internacional?, ¿a naciones o a Estados? El articulista se referirá a la sociedad entre Estados, que son siempre entes dotados de peculiar consistencia jurídica.

La sociedad internacional es necesaria para poder lograr la felicidad de cada pueblo. De otro lado, si la familia es naturalmente necesaria para la existencia humana, el Estado es naturalmente necesario para su bienestar.

El Estado, para lograr el bienestar humano, tiende a asociarse internacionalmente. Las tendencias que le conducen a ello son: la unidad de la Humanidad (unidad de naturaleza, de origen, de localización), la tendencia internacional al progreso humano (congresos científicos, uniones profesionales, tráfico mercantil y cultural), el derecho al intercambio internacional (toda la tierra es para todos los hombres), la existencia del derecho internacional (con sus intentos superadores y sus rudimentarios instrumentos jurisdiccionales), y, sobre todo, que únicamente una sociedad internacional verdadera puede reclamar para sí la denominación de «Sociedad Absolutamente Perfecta».—A. S. de A.

BURCHARD (Waldo W.): *Erich Fromm and the «cure of Souls»*, en «The Midwest Sociologist», Blair, Nebraska, vol. XVII, núm. 2, primavera 1956, páginas 12-16.

En su reciente libro *Psychoanalysis and Religion* (1950), Fromm ataca el problema de la perfección del hombre. Su tesis principal es que el hombre moderno se ha descarriado en su búsqueda de la perfección, o en su terminología «auto-realización». Por diversas razones, nadie puede ahora ayudarle en tal empresa me-

yor que el psicoanalista. Empero, la terapia a usar no es simple, sino todo lo contrario; no se trata de un mero ajustamiento, sino «de esforzarse por reconocer la verdad». Y esto no puede conseguirse a través de la Religión justamente porque ella se basa en una autoridad irracional. Erich Fromm desconfía de toda forma de autoridad, y el tema principal de este su último libro es, en cierto modo, idéntico al de sus dos anteriores—*Escape from Freedom* (1941) y *Man for Himself* (1947)— en cuanto que la cura del alma implica que el individuo se haga independiente y libre, un fin en sí, emancipándose de todo yugo autoritario. Desde luego, los conceptos de Fromm ni son operativos ni permiten la construcción de definiciones operacionales. A pesar de sus protestas de cientificismo, él habla como un místico. Y lo que es más, él, como Freud anteriormente, ha dado por descontado que sus conceptos son empíricamente válidos, porque son terapéuticamente efectivos.

Para Erich Fromm, la sociedad es el lugar donde existe la autoridad irracional, que moldea al individuo en sus propios patrones, y frustra sus impulsos intrínsecos hacia una autorealización. El resultado es una sociedad de enfermos que ni siquiera se percatan de su enfermedad. Incluso la persona ajustada, esto es, la que se resigna a los cometidos que le corresponden en la vida social, está enferma. La gran mayoría de las gentes de nuestra cultura están más enfermas que los neuróticos, desde el punto de vista de la realización de sus fines, en cuanto seres humanos. La conducta neurótica no es necesariamente mala, mas es, a menudo, el primer paso hacia el desprendimiento de la autoridad irracional de la sociedad, de la tradición y de Dios, y el primer paso hacia el fin real, que es la productividad.

Erich Fromm no nos da una teoría sistemática del hombre en la sociedad, pero sí un plan de reforma social. El individuo es, para él, la entidad real de la sociedad. Las instituciones son sólo productos irracionales de la autoridad y de la tradición. La conducta institucional está orientada a la conservación del orden existente; por consiguiente, choca con los fines intrínsecos del individuo. El dualismo nominalista-realista de esta concepción circunda toda su filosofía social. Pero aún hay más: él distingue también entre el *ser real* y el *ser social*, entre la conciencia autoritaria y la con-

ciencia humanística. En la base, pues, de su teoría hay una radical desconfianza de toda autoridad. Su esquema de sociedad ideal es una teoría del contrato social, porque su logro depende de la capacidad y voluntad de cada persona para establecer sus propios contactos con sus semejantes y para reconocer su responsabilidad hacia ellos, a la vez que para seguir siendo enteramente libre e independiente.

Otro concepto clave en este sistema teórico es el de *productividad*. Productividad es aquí «un modo particular de relación con el mundo». Es la habilidad del hombre para usar sus potencias y realizarse. Aunque las personas productivas producen cosas, el objeto más importante de la productividad es el hombre mismo. Fromm no nos dice cómo un grupo de individuos auto-orientados pueden crear y mantener una sociedad; pero él no ignora que la sociedad es necesaria para el mantenimiento de la vida humana. Su concepción de una sociedad planificada es, como ha apuntado Arnold W. Green, irrealista. Una sociedad planificada para servir a la actividad espontánea de los individuos es una *contra-dictio in terminis*. De cualquier modo, su orientación parcial hacia la Sociología es un avance definitivo sobre el monismo de sus predecesores freudianos. Para él, el individuo es una parte del sistema social, dentro del cual trata de conseguir sus objetivos vitales.—S. C.

J. GOLDSTEIN (Leon): «*Bidney's Humanistic Anthropology*», en «*The Review of Metaphysics*», Vol. VIII, núm. 3, marzo, 1955, págs. 493-509.

El fin último que la antropología científica o «nomothetica» es construir puntos de vista teóricos que sirvan como esquemas para varias clases de fenómenos socio-culturales. Así, la Antropología estudiará los diversos modos generales en que las características particulares de varios sistemas de cultura subsisten en el cambio de una situación a otra. Esta finalidad sólo se puede conseguir partiendo del supuesto de que los miembros de la raza humana, independientemente de sus culturas, participan, por lo menos esto vale para gran número de las comunidades humanas, de las mismas características bio-psicológicas. Una adecuada teoría de

la cultura, dice David Bidney, en su *Theoretical anthropology*, debe exponer el origen de la cultura y sus intrínsecas relaciones respecto de la naturaleza psico-biológica del hombre. Insistir sobre la autosuficiencia y autonomía de la cultura como si una cultura fuese un sistema cerrado que sólo exigiera explicaciones culturales, no es explicar una cultura, sino dejar su origen en el misterio o en un inexplicado acontecimiento histórico. En las mismas páginas afirma Bidney que la cultura no es una construcción objetiva cuya existencia sea independiente del hombre, al contrario, depende del hombre y de su herencia biológica. Desde estos supuestos ha construido Bidney su libro, llegando a una antropología teórica que, en cierto modo, es la más amplia y comprensiva de las perspectivas abiertas a estos temas. La antropología no se refiere, pues, únicamente, a lo que el hombre es, sino también a lo que debe ser y a lo que ha sido. Tradicionalmente, los antropólogos, etnólogos, sociólogos emplean la expresión «cultura» con una gran vaguedad. Este término se emplea con diversas acepciones, y aún más, se han propuesto definiciones diversas de cultura, lo que aumenta en lo posible la confusión. Esta confusión procede de que antropólogos, sociólogos, etcétera, parten de puntos de vista distintos, fundamentados en filosofías distintas, que llevan por consecuencia a conclusiones diferentes. En todo caso, definida la cultura desde estos presupuestos, se la desconecta fundamentalmente de la naturaleza humana, en cuanto subsuelo psico-somático. Bidney reclama esta vinculación de la estructura cultural y los ingredientes bio-psicológicos. Esto lleva a Bidney a negar sustantivamente la distinción entre formas de cultura y los rasgos universales que caracterizan la psicología humana. He aquí por lo que Bidney habla de una «metaantropología». Esta metaantropología se refiere a condiciones biológicas y bio-sociológicas sobre las cuales el antropólogo puede construir sus puntos de vista. Pero no se trata de dos ciencias separadas, sino de dos partes de una misma disciplina.

En términos generales, el libro de Bidney llama una vez más la atención sobre la necesidad de considerar en este tipo de estudios los supuestos básicos, lógicamente primitivos, de la naturaleza del mundo y del hombre.—E. T. G.